

LA ASIMETRÍA

RODRIGO RAMÍREZ DEL ÁNGEL

INSULA

Las carnes crujían en el asador mientras Raquel, mi entonces novia, platicaba con sus amigas. Yo releía absorto en una de las esquinas del patio *El ayudantismo*, de Jürgen Knar, filósofo germano decimonónico caído en desgracia. Ese libro es mi posesión más preciada, aunque ahora sé que la traducción de López Allende es mediocre, y su título más bien debería ser *La asimetría*. Pero ese error solo lo hace más valioso. Mi novia me volteaba a ver de reojo de vez en cuando, haciéndome muecas para que me acercara a convivir. La teoría principal de esta primera y única edición es que en todas las relaciones humanas hay una asimetría afectiva: “es imposible”, escribió Knar, “que exista una relación completamente equitativa, ya que siempre hay uno que trabaja para el otro”. Basado en la dialéctica marxista, el filósofo trasplantó esas ideas a las relaciones humanas, en especial a las amorosas. “Uno siempre *ayudantea* a otro”, reza la traducción de López Allende, “en el trabajo siempre hay tal siervo de un patrón, que a su vez tiene otro patrón. El amor es la cadena y el enamoramiento es un eslabón que está fusionado a otro eslabón y a su mismísima vez, a otro eslabón, lo que destina al *Geist* humano al desasosiego *ad infinitum*”.

De entre la bulla, una amiga de Raquel me preguntó que para cuándo le propondría matrimonio. Por un segundo mi novia me vio con una cara apaciguada y una pequeña lágrima titilando. “Yo no me voy a casar con este idiota”, dijo Raquel antes de que yo pudiera responder. El murmullo perenne de la fiesta cedió, dejando sólo el chasquido del carbón consumiéndose. “Bueno, mi amor...”, dije fingiendo no haberla escuchado. “¡No quiero pasar el resto de mi vida con este pendejo!”, dijo una y otra vez, hasta que su cara se tornó roja. Salió de la fiesta y yo detrás de ella con mi libro en mano.

De aquel día no se habló mucho más. Nos casamos al año siguiente. Raquel escogió nuestro vals, el sabor del pastel, el menú, mi traje, corbata y mancuernillas y el piso de la pista. Ella lloró toda la noche, excepto cuando nos tomaban fotografías.

En la noche de bodas, sentada en la esquina contraria de la cama y mirando el piso, me extendió una caja negra con un moño gris diciendo que era mi regalo de bodas. Lo abrí lentamente. Era una biografía de Jürgen Knar publicada en el siglo XIX por una mujer llamada Marie Strokter. En la contraportada del obsequio se exponía

la insipiente resistencia del filósofo a enamorarse. “De entre las mujeres de calidad de la Baviera”, escribió Strokter, “se sabe que es más fácil engatusar al imberbe Jürgen que comer un *dampfnudeln*”. Al saber esto, entonces, podemos entender que la teoría del ayudantismo, o, mejor dicho, de la asimetría, resultaba risible para sus contemporáneos al verlo por la calle recitando poemas mediocres a damas que quería conquistar. Aquella semblanza, traducida por el mismo López Allende, se leía con un tono de resentimiento debido a que Strokter fue una de las pocas mujeres a las que Knar no prestó atención.

De luna de miel, Raquel decidió que fuéramos a Múnich. No sé si ella recordaba que esa era la ciudad donde vivió Knar, pero planeó nuestra estadía meticulosamente: nos tomamos *selfies* en la *Marienplatz* de las cuales ninguna fue de su agrado, nos pidió un *schnitzel* y después de probarlo quiso que le trajeran chipotle, pero no había; se hincó a rezar en la Iglesia Asam, caminamos en el parque Olympia buscando un mejor lugar para las *selfies* sin encontrarlo; en la visita guiada al Palacio Administrativo de la Bavaria me animé a preguntar por el filósofo, pero el guía, después de ver los ojos volteados de Raquel, dijo que no sabía nada de él. En ese momento entendí que no habría nada sobre Jürgen Knar en el viaje que organizó mi esposa, así que tomé la decisión de escabullirme: en el museo de la BMW fingí un malestar estomacal y en mi afán por conocer más sobre la vida y obra de Knar corrí hacia la hemeroteca de la ciudad, donde encontré diversos reportes en los que se anunciaba que el filósofo, después de tantas penurias románticas, terminó por suicidarse tirándose de una de las torres de la catedral. Regresé antes de que Raquel saliera del museo. Lo único que me dijo fue: ¿crees que nos alcance para uno de esos carros?

Ya de vuelta, rentamos una casa a las afueras de la ciudad. Raquel me pidió que la pintara de un azul grisáceo. Escogió nuestros muebles de un catálogo y el espacio que hay para hacerle un jardín sigue vacío porque aún no decide si prefiere petunias o lirios. Aunque tenemos un carro que no es un BMW, para llegar al trabajo tomo tres camiones, ya que Raquel prefiere quedárselo para no caminar en sus idas al súper. Mi trayecto es de una hora y media o dos, dependiendo del tráfico. Por un tiempo maté el tedio de estar atorado ahí intentando crear una nueva traducción de la obra, aunque eso significara reinterpretarla. En uno de esos trayectos, una mujer se sentó a mi lado. Después de saludarme, mantuvimos una breve conversación sobre el libro que tenía en mis manos. Su piel era clara, con unas cuantas pecas. Le resumí la corriente filosófica de la asimetría. De cómo López Allende era un traductor mediocre. Después de explicarle por qué *ayudantismo* era una interpretación errónea del concepto teutón original *hilfe*, ella dijo que era lo más interesante que había escuchado. Al sonreír se le formaban dobleces en las mejillas, mismos que aparecían después de cada parte importante de lo que le explicaba. Ese gesto me llevó a flotar encima del manto de contaminación que cubre esta ciudad, arriba del smog y de mi esposa. Podría quedar ciego y lo único en mi mente sería esa sonrisa. Sentí la piel de mi cara crispada por el sol. Después: silencio, y ella dormida sobre mi hombro mientras un pequeño hilo de su saliva me mojaba la camisa.